

decir que volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada con aire sereno y majestuoso, después de confesar su degradación á su cariñosa hija, sobre la cual había pesado y pesaba más que sobre nadie la existencia de aquel anciano.

Y no obstante, la niña Dórrit no se permitió abrigar ninguna duda ni hacer la menor pregunta, limitándose á murmurar: «¡Pobre padre, es el más tierno y el más cariñoso de los padres!»

La joven veló al anciano durante el resto de aquella noche, cual si se creyera culpable de alguna falta y tratase de purgarla con su cariño; sentóse junto al lecho, y de vez en cuando acariciaba á su padre, pero tan ligeramente, que no podía interrumpir su sueño.

Velando estuvo hasta que vió asomar la primera claridad del día; entonces levantóse de su silla, dió el último beso al anciano y salió ligeramente de la reducida habitación. Cuando hubo llegado á su mísero cuarto, lo primero que hizo fué abrir silenciosamente su ventana para mirar el patio de la prisión por la parte del oeste, donde las puntas de hierro que guarnecían el muro parecían enrojecerse en su extremidad, iluminadas por los primeros albores de la aurora. Jamás le habían parecido aquellas puntas tan agudas, ni tan pesados los barrotes, ni tan lúgubre y estrecha la prisión de la Mariscalía, é involuntariamente pensó en los grandes ríos, en los inmensos océanos, en los ricos paisajes y en los frondosos bosques poblados de avejillas, que saludan alegres la salida del sol. Y fijando su mirada en aquella tumba viva, cuyas formas se destacaban ya claramente, y donde su padre estaba encerrado hacía ya veintitrés años, no pudo menos de exclamar, poseída de profunda tristeza y de dolorosa compasión:

—¡No, no; nunca le he visto como debía ser!



## CAPITULO XX

### El gran mundo

Si el joven Juan Chivery hubiera tenido el deseo ó el talento suficiente para escribir una sátira contra el orgullo de nacimiento, no habría necesitado buscar los ejemplos muy lejos, pues los tenía en la misma familia de su amada. No era posible encontrar otros mejores que aquel Tip, aspirante á caballero, y aquella hermana desdeñosa, acostumbrados ambos á todo género de bajezas, dispuestos siempre á pedir prestado, á mendigar de los más pobres, á comer el pan y gastar el dinero de todo el mundo, y á beber en la copa de todos, rompiéndola después. Nada más fácil que pintar al natural la existencia sórdida de aquellos personajes que evocaban sin cesar el fantasma de sus pretensiones aristocráticas para deslumbrar con falaces apariencias á sus bienhechores.

En nuestra historia no podemos precisar con exactitud la época en que el joven Tip y la señorita Fanny comenzaron á evocar sistemáticamente el esqueleto aristocrático de su noble familia, destinado á ejercer impresión en la mayoría de los presos, pero sería sin duda en el tiempo en que comenzaron á comer á expensas de la comunidad. De todos modos, ello es que cuanto más pobres y necesitados estaban, más

altamente solían proclamar la nobleza de su cuna. Sentado esto, prosigamos nuestra narración.

La niña Dórrit no había podido salir temprano en la mañana del lunes, porque el decano se levantaba tarde y era preciso darle su almuerzo; mas apenas hubo cumplido con este servicio, púsose el sombrero y salió.

Deseaba ver á su hermana, pero cuando llegó á su alojamiento supo que Fanny y su tío habían salido ya. Sin embargo, tenía previsto este caso, y como había resuelto verla á todo trance, encaminóse hacia el teatro, que estaba al otro lado del río, no muy lejos de allí.

La niña Dórrit no tenía la menor idea de lo que era un coliseo, y cuando le indicaron una puertecilla desvencijada que parecía próxima á caer, la joven vaciló en acercarse, intimidada además por la presencia de media docena de caballeros, que se paseaban de arriba á abajo con aire conquistador. Sin embargo, después de breve reflexión dirigióse á uno de ellos y preguntóle si sabía dónde podría hallar á Fanny Dórrit; indicáronle que pasase adelante, y pronto se halló en un vestíbulo obscuro, donde se oía el rumor de una música lejana. Un hombre, inmóvil en un rincón, y que parecía ser el guardián de aquella triste sala de espera, dijo á la visitante que mandaría recado á la señorita Dórrit por la primera persona que pasase. No tardó en llegar una dama que llevaba en la mano un cuaderno de música, y enterada del deseo de la joven, díjole que la siguiese y vería al momento á Fanny.

Así llegaron á un sitio más espacioso, donde, entre una nube de polvo veíase á muchas personas corriendo de un lado á otro, entre un laberinto de bastidores, objetos de formas extrañas, martillos, cuerdas, cilindros y herramientas de toda especie; la luz del gas confundíase allí con la natural, ofreciendo singular contraste; y en medio de aquel caos y aquel continuo movimiento, las dos mujeres hubieran podido creer que veían alguna decoración del universo revuelto. La niña Dórrit, abandonada á sí misma y codeada á cada momento, comenzaba á perder la serenidad cuando oyó de pronto la voz de su hermana.

—¡Dios mío! Amy. ¿Qué haces aquí?—le preguntó ésta.

—Quería verte, querida Fanny, y como tendré ocupado todo el día mañana, y sabía que estarías aquí hasta la noche...

—¡Qué raro me parece verte entre bastidores! Nunca hubiera pensado que vinieses aquí.

Expresándose de esta manera, con un tono que no tenía

mucho de cordial, Fanny condujo á su hermana á un sitio donde la nube de polvo era menos densa y donde se veían muchas mesas y sillas con adornos dorados, amontonadas unas sobre otras; varias jóvenes, sentadas en todo lo que podía servir para descansar, charlaban como cotorras, esperando su vez para que el peluquero les arreglase un poco el peinado.

—Vamos—dijo Fanny á su hermana,—me parece imposible verte entre nuestras artistas; eres la última persona cuya visita hubiera esperado. ¿Cómo te las compusiste para llegar hasta este sitio?

—No lo sé; la señora que te ha anunciado mi visita me ha servido de guía.

—No sé cómo te arreglas para meterte por todas partes, Amy; confieso que no hubiera podido hacer otro tanto, y eso que conozco el mundo mejor que tú.

Era costumbre de la familia considerar siempre á la niña Dórrit como una muchacha pacífica y casera, desprovista completamente de la sabia experiencia de sus parientes; pero esto era como un ardid imaginado para no reconocer en su justo valor los servicios de la joven, de los cuales aparentábase no hacer mucho caso.

—¡Vamos!—añadió Fanny,—¿qué te atormenta hoy? Supongo que te inquietará algo respecto á mi persona.

Fanny hablaba á su hermana, que sólo tenía dos ó tres años menos, como pudiera hacerlo una abuela regañona.

—No tengo que decirte gran cosa—contestó la niña Dórrit;—pero desde que me hablaste de aquella dama que te dió ese brazalete...

Antes de que pudiese concluir, un muchacho asomó la cabeza por un bastidor y gritó, desapareciendo al punto:

—¡Atención, señoras, atención!

Todas las jóvenes se levantaron al momento y arreglaron un poco su traje, como disponiéndose á andar.

—Y bien—dijo Fanny, imitando á sus compañeras.—¿Qué ibas á decirme?

—Desde que me dijiste que una señora te había regalado el brazalete que me enseñaste el otro día, estoy algo inquieta, y deseo saber más sobre el asunto, si tienes á bien confiármelo.

—¡Prevenidas, señoras!—gritó el mismo muchacho, asomando de nuevo la cabeza.

Todas las jóvenes desaparecieron en un abrir y cerrar de

ojos, incluso Fanny, y entonces resonaron con más fuerza la música y las pisadas de las bailarinas.

La niña Dórrit se sentó en una silla dorada, muy inquieta por aquellas frecuentes interrupciones, y permaneció sola mucho tiempo. Al fin dejó de oírse la música, y todas las bailarinas volvieron más ó menos agitadas.

—Espera un momento, hermana—dijo Fanny en voz baja; —dejemos que salgan antes todas.

El mismo muchacho de antes, asomándose por tercera vez entre bastidores, gritó:

—¡Todo el mundo aquí mañana á las once, señoras!

Cuando las dos hermanas estuvieron solas, Fanny se acercó á una especie de trampa, y fijando la vista en su oscura profundidad, gritó:

—¡Vamos, tío!

La niña Dórrit, cuyos ojos se habían acostumbrado á la obscuridad, divisó al anciano sentado en el fondo de aquella especie de cisterna, con su instrumento y su estuche roto debajo del brazo. Aquel era el sitio que el pobre hombre ocupaba seis veces á la semana hacía ya muchos años.

—¡Allá voy, allá voy!—contestó el anciano.

Pocos momentos después, los tres salían por la puertecilla desvencijada, y el tío tomó instintivamente el brazo de la niña Dórrit, sin duda por considerarlo más seguro.

—¿Con que estás inquieta respecto á mí?—preguntó Fanny á su hermana.

—Todo cuanto te concierne me interesa—contestó la niña Dórrit.

—Es verdad, es verdad—repuso Fanny,—eres una buena hermanita; y si algunas veces me encuentras enojada, segura estoy que recordarás lo que es hallarse en una posición como la mía, que tanto me rebaja. ¡Ah! ninguna de mis compañeras ha caído de la altura que nosotras; ellas no han cambiado de nivel; son de ordinaria estirpe, y nada les importa.

La niña Dórrit fijó una mirada indulgente en su hermana, mientras que ésta se enjugaba los ojos con el pañuelo.

—No he nacido donde tú—continuó Fanny,—y tal vez consista en esto la diferencia que hay entre nosotras; pero ahora dejaremos á nuestro tío en la casa donde come, y te lo contaré todo.

En breve llegaron á una calle estrecha y sucia, y detuviéronse ante una especie de figón, en cuyo interior veíanse varios compartimientos de madera, semejantes á los de una



La señora Merdle

cuadra, destinados á los parroquianos que preferían comer allí á llevarse el alimento de su casa. Fanny sacó de su bolsillo un chelín y entregóselo á su tío, quien después de mirar algún tiempo la moneda comprendió sin duda lo que debía hacer, pues separóse de sus sobrinas, murmurando:

—¿La comida? ¡Ah! sí, sí, sí.

—Ahora—dijo Fanny á su hermana,—ven conmigo, si no estás demasiado cansada para llegar hasta la calle de Harley, en la plaza de Cavendish.

La niña Dórrit contestó que estaba dispuesta á acompañar á su hermana donde decía, y las dos encaminaron sus pasos á dicho punto. Cuando hubieron llegado á la citada calle, Fanny se detuvo ante la casa más hermosa que en ella había, y llamando á la puerta, preguntó por la señora Merdle. Aunque el lacayo que abrió tenía el cabello empolvado, lo mismo que otros dos que estaban junto á él, lejos de rehusar la entrada, contestó al punto que la señora estaba en casa, invitando á Fanny á pasar adelante. Las dos hermanas subieron al primer piso, precedidas de uno de los lacayos, y esperaron en un gran salón semi-circular, al que seguían otros varios, en uno de los cuales veíase un loro que se paseaba fuera de su dorada jaula, agarrándose del pico en las salientes para tomar una infinidad de posturas á cual más extravagantes, echándose á veces de espalda. Esta disposición no es peculiar de los loros; también se observa en otras aves sin pluma, que toman esta actitud para trepar á lo largo de los dorados hilos que las atraen.

El salón era mucho más magnífico de lo que la niña Dórrit hubiera podido imaginar, y habría parecido suntuoso aun á las personas más acostumbradas al lujo. La joven miró á su hermana con asombro, y le hubiera dirigido alguna pregunta si Fanny no hubiese fruncido el entrecejo, indicándole una cortina que ocultaba la entrada de otro salón. Un momento después levantóse aquella y se presentó una señora, que desde luego hubiera llamado la atención por las muchas sortijas que adornaban sus dedos.

Aquella mujer no ostentaba la lozanía y frescura que se debe á la naturaleza, pero sí la que comunica el tocador; sus grandes ojos carecían de expresión, y su abundante cabello negro y sus blancos hombros no realzaban en nada su persona.

—Señora Merdle—dijo Fanny, haciendo las veces de introductora,—aquí tiene usted á mi hermana.

—Me alegro mucho de conocerla, señorita Dórrit; no recordaba que tuviese usted hermana.

—Nunca he dicho á usted que la tenía.

—¡Ah, ah!—repuso la señora Merdle encorvando el dedo meñique de la mano izquierda, como si quisiera decir: «Ya sabía yo que no me había indicado nada.»—Siéntense ustedes—añadió arrellanándose voluptuosamente entre varios cojines de terciopelo.—¿Es también artista su hermana?

—No, señora—contestó Fanny.

—¿No?—repitió la señora Merdle dejando de mirar con su lente á la niña Dórrit.—En efecto, no tiene el aire de artista, por más que sea muy graciosa.

—Mi hermana, señora—repuso Fanny con una mezcla de audacia y respeto,—me ha rogado que le dijese, cosa muy natural, cómo había tenido el honor de conocer á usted; y recordando que había prometido visitarla de nuevo, me he tomado la libertad de venir con ella, confiada en que tendría usted la amabilidad de manifestarle lo que desea saber. Quisiera que su curiosidad quedase satisfecha, y espero que usted la complacerá.

—¿Cree usted que la edad de su hermana...?—insinuó la señora Merdle.

—Tiene mucha más de la que representa—interrumpió Fanny;—cuenta casi tanta como yo.

—La *Sociedad* es tan difícil de explicar á las personas jóvenes, pues aun las mayores no la comprenden bien, que me complace mucho lo que usted dice. Yo quisiera que la *Sociedad* fuese menos arbitraria, menos exigente... ¡Cállate, Jacquot!

Jacquot era el loro, que acababa de lanzar un grito agudo como si hubiera sido el representante de la *Sociedad* y quisiera sostener que tenía derecho á ser exigente.

—Sin embargo—prosiguió la señora Merdle,—es preciso aceptar la *Sociedad* tal como es. Ya sabemos que peca de superficial, de mundana y hasta de abominable; pero á menos de ser salvajes de los mares del trópico (y por cierto que yo hubiera querido nacer allí, porque me han dicho que el clima es muy agradable,) hemos de atenernos á sus disposiciones. El señor Merdle, mi esposo, es uno de los primeros capitalistas de Inglaterra; su fortuna y su influencia son considerables, y á pesar de esto se ha de someter... ¡Cállate, Jacquot!

El loro, profiriendo otro grito, había completado la frase

de una manera tan expresiva, que la señora Merdle no creyó necesario añadir nada.

—Puesto que su hermana desea—continuó la dama dirigiéndose á la niña Dórrit,—que aproveche esta última entrevista para referir las circunstancias en que figuró usted tan honrosamente, no puedo menos de apresurarme á satisfacer su demanda. Tengo un hijo (yo era muy joven cuando me casé la primera vez,) de veintidós ó veintitrés años...

Fanny contrajo los labios, dirigiendo á la niña Dórrit una mirada casi triunfante.

—Mi hijo—continuó la dama,—es algo aturdido, defecto que la *Sociedad* tolera en los jóvenes, y también muy impresionable, defecto que tal vez ha heredado de mí, porque yo también lo soy, hasta el punto de que la menor cosa me entenece.

La dama pronunció estas palabras, así como las otras, con una frialdad singular, como si en vez de hablar á las dos hermanas dirigiese la palabra á la idea abstracta que se llama la *Sociedad*.

—Sería inútil recordar á una persona dotada de tan buen sentido y de tanta experiencia como usted—continuó la señora Merdle,—que la escena de un teatro ejerce á veces cierta fascinación en un joven impresionable; y al decir *escena*, entendiéndose que me refiero á las personas que en ella figuran. Ahora bien, cuando me dijeron que una bailarina había fascinado á mi hijo, no ignoraba yo lo que la *Sociedad* entendía por esto, y deduje que se trataba de una figurante de la *Opera*, porque allí es donde acostumbran ir los jóvenes admitidos en la *Sociedad*.

La dama miró á las dos hermanas y posó una mano sobre otra, produciendo con las sortijas un ruido desagradable.

—Su hermana podrá decirle cuantos fueron mi sorpresa y pesar al saber de qué teatro se trataba; pero cuando me dijeron que Fanny, al rechazar las proposiciones de mi hijo con una severidad inesperada, debo confesarlo, le había inducido á pedir su mano, experimenté una angustia profunda... indecible. Y presa de una inquietud muy natural en una madre que conoce el mundo, resolví ir yo misma al teatro en cuestión y revelar á la bailarina mi inquietud. En su consecuencia presentéme á la hermana de usted, y con gran sorpresa mía reconocí que por muchos conceptos distaba de ser lo que yo había pensado. Lo que me admiró sobre todo es que por su parte adelantóse á mí, oponiendo cierta pretensión social.

La señora Merdle sonrió al pronunciar estas palabras.

—Le he dicho á usted, señora—replicó Fanny mientras que sus mejillas se teñían de carmín,—que á pesar de la posición en que usted me veía, era tan superior á mis compañeras por mi cuna, que me consideraba de tan buena familia como la de su señor hijo; y que si mi hermano hubiese tenido conocimiento de la oferta habría opinado cual yo, **no** considerando semejante unión como un gran honor para nosotros.

—Señorita Dórrit—replicó la dama después de dirigirle con su lente una mirada glacial,—esto es lo que yo iba á decir á su hermana para satisfacer su curiosidad, y doy á usted gracias por haberse anticipado á mí, recordando los hechos con tanta exactitud. Y ahora diré á usted—añadió la señora Merdle dirigiéndose á la niña Dórrit,—que apenas su hermana me hubo dado sus explicaciones, desprendí de mi brazo una pulsera, rogando á Fanny que la admitiese en testimonio del vivo placer que experimentaba sabiendo que podía entablar las negociaciones bajo cierto pie de igualdad.

Esto era muy cierto, pues al dirigirse al teatro, la dama había comprado una joya de más apariencia que valor, con vagas intenciones de corrupción.

—Y le he dicho á usted, señora Merdle—prosiguió Fanny,—que podíamos haber sufrido desgracias, pero que no éramos gente ordinaria.

—En efecto, señorita Dórrit; creo que pronunció usted esas mismas palabras.

—También le dije, señora—añadió Fanny,—que si usted me hablaba de la superioridad del rango que su hijo ocupa en la sociedad, podría muy bien engañarse un poco en sus suposiciones relativas á mi nacimiento, y que la posición de mi padre en la sociedad misma á que pertenece en este momento (aun no sabe usted cuál,) era eminentemente más elevada, no habiendo á su alrededor nadie que le dispute la superioridad.

—Perfectamente exacto—replicó la señora Merdle,—tiene usted una memoria maravillosa.

—Gracias, señora. Tal vez tenga usted á bien ahora referir el resto á mi hermana.

—Poco falta que añadir—repuso la señora Merdle,—y este poco es siempre en favor de usted.

Y dirigiéndose á la niña Dórrit, le dijo:

—Yo expliqué á su hermana la verdadera situación, haciéndole entrever que era imposible que la sociedad á que perte-

necemos, mi hijo y yo, se pusiera en relación con ella á que su hermana pertenece... por agradable que pueda ser; le hice comprender los disgustos que esto podría ocasionar á la familia de que se muestra tan justamente orgullosa, y que nosotros deberíamos tratar con desprecio, alejándonos de ella (socialmente hablando,) con el mayor disgusto. En una palabra, hice un llamamiento al orgullo, muy loable, de su hermana de usted.

—Sepa también mi hermana, si usted gusta, señora Merdle—dijo Fanny con cierto aire burlón,—que yo había tenido ya el honor de rogar á su señor hijo que me dejase en paz.

—Pues bien, señorita Dórrit, tal vez debí comenzar por aquí; si no he pensado en ello será sin duda porque me refería al primer tiempo de conocer á usted, cuando temí que mi hijo insistiera en que aceptase usted sus asiduidades. He dicho también á su hermana... (y ahora me dirijo á la señorita Dórrit que no es artista,) que mi hijo no recibiría un cuarto en el caso de contraer semejante enlace, y que sólo le quedaría el recurso de pedir limosna. Hago mención del hecho simplemente porque pertenece á la historia cuya narración se me ha pedido, y no porque suponga que haya podido ejercer en el espíritu de su hermana más influencia que esa presión prudente y legítima que todos debemos sufrir, visto el estado artificioso de nuestro sistema social. Finalmente, después de algunas palabras enérgicas de su hermana, hijas de la irritación, convinimos en que no había nada que temer, y Fanny tuvo la amabilidad de permitirme que la recomendase á mi modista para ofrecer algunos ligeros testimonios de mi consideración.

La niña Dórrit pareció muy apesadumbrada, y miró á Fanny con cierta confusión.

Las dos hermanas se levantaron al mismo tiempo, y con la señora Merdle permanecieron un momento en pie junto á la jaula del loro, que se ocupaba en comer un bizcocho, escupiendo los pedacitos después de haberlos triturado, como si se burlase de las jóvenes; después se echó de espaldas y arrastróse alrededor de su dorada jaula, mostrando sus patas escamosas y su lengua negra.

—Esto me ha proporcionado también el placer—prosiguió la señora Merdle,—de tener una última entrevista antes de separarnos como buenas amigas. Con tal motivo (al decir esto, puso disimuladamente alguna cosa en la mano de Fanny,) la señorita Dórrit me permitirá despedirme de ella, deseándole

toda clase de felicidades. Si pudiese volver á la edad de oro ó algo parecido, me complacería en cultivar el conocimiento de muchas personas verdaderamente simpáticas y de gran talento; mas por desgracia debo privarme por ahora de semejante satisfacción. Una sociedad de costumbres más primitivas sería deliciosa para mí. Si á muchos de los que pertenecemos al gran mundo nos fuera permitido volvernos indios, me inscribiría desde luego la primera en lista; pero como por desgracia no puede ser... ¡Vamos, buenos días!

Las dos hermanas bajaron la escalera precedidas de un lacayo y escoltadas por otros dos: Fanny, altiva y desdenosa, y la niña Dórrit humillada.

—Y bien—preguntó Fanny cuando estuvieron en la calle;—¿no tienes nada que decirme, Amy?

—¡Oh! no sé qué decir—contestó la niña Dórrit contristada.—¿No amabas á ese joven, Fanny?

—¿Yo amarle? ¡Si es casi un idiota!

—Siento mucho... no quisiera ofender tu amor propio... pero puesto que me preguntas si no tengo nada que decirte, Fanny, te contestaré que siento mucho que hayas admitido cosa alguna de esa señora.

—¡Necia!—replicó Fanny, sacudiendo bruscamente el brazo de su hermana;—no tienes sangre en las venas, y siempre te sucederá lo mismo. ¡No sabes respetarte, ni tienes un noble orgullo! Como tú permites que te siga los pasos ese despreciable y estúpido Chivery, sin duda quisieras que tu familia se dejase pisotear sin oponer resistencia.

—No digas eso, querida Fanny, pues yo hago por ella cuanto me es posible.

—Pues si es así—replicó Fanny apresurando el paso,—no deberías desear que una mujer como esa, en quien reconocerías la más falsa é insolente de las mujeres, no deberías desear, repito, que pusiera el pie sobre la cabeza de tu familia, y que se le diesen después las gracias.

—No, Fanny, eso no.

—Entonces que pague su insolencia. ¿De qué otro modo podrías vengarte? Que pague su insolencia y gastemos el dinero para mayor honra de la familia. Tú eres una niña sin dignidad, y no comprendes estas cosas.

Las dos hermanas, sin hablar más, continuaron su camino hasta llegar á la casa habitada por Fanny y su tío, á quien hallaron sentado en un rincón del cuarto, ensayándose en su clarinete con aspecto entristecido. Fanny tenía que preparar

la cena, y aparentó ocuparse en ello con aire indignado, mientras que la niña Dórrit era realmente la que lo hacía todo. Cuando al final estuvo la cena preparada y Fanny se sentó para comer y beber, hizo lo mismo que su padre la víspera, es decir, cogía los objetos con ademán airado y mordía el pan con aparente cólera.

—Si tú me desprecias—exclamó de pronto Fanny, rompiendo á llorar,—si tú me desprecias porque soy una bailarina, recuerda que tú fuiste la que me hizo dar el primer paso. Sin duda querías que yo me arrodillase delante de esa señora Merdle, dejándole decir y hacer todo cuanto se le antojase, y permitiéndole injuriarnos porque soy una bailarina.

—¡Oh, Fanny, Fanny!

—Y á Tip también, pobre muchacho, también le hubiera podido rebajar cuanto le diese la gana, sin que nadie contestara una palabra... sin duda porque estuvo empleado en varias oficinas. Y advierte que esto también es obra tuya, Amy, y por lo tanto no deberías llevar á mal que tomara su defensa.

Durante este diálogo, el tío continuaba soplando en su instrumento, y á intervalos suspendíale á dos dedos de su boca para mirar á las dos hermanas, como si creyese que decían alguna cosa.

—¿Y tu padre, qué me dices de tu padre, Amy? Porque no está libre, porque no puede presentarse para defender su propia causa, ¿quisieras que permitiese á gente de esa clase insultarle impunemente? Si esto no te afecta porque trabajas fuera todo el día, por lo menos no debieras mostrarte insensible al honor de tu padre, sabiendo cuanto sufre hace tanto tiempo.

La injusticia de este cargo hirió profundamente á la pobre cilla Dórrit, y el recuerdo de la escena de la víspera aguzaba más aun la punta del dardo lanzado por Fanny. En vez de contestar, volvió su silla hacia el fuego; mientras que el anciano tío, después de una nueva pausa, produjo una nota semejante á un lúgubre gemido, y prosiguió su estudio. Fanny se desahogó contra las tazas y el pan en tanto que duró su cólera; después dijo que era la mujer más desgraciada del mundo y que quisiera haber muerto; luego se llenaron sus ojos de lágrimas, como si se arrepintiese de su proceder, y entonces levantándose de pronto, abrazó á su hermana. La niña Dórrit quiso taponarle la boca, pero Fanny replicó que le

era preciso hablar, y repitió varias veces, con tanta viveza como la que antes empleara en reprender á su hermana:

—Perdóname, Amy, dispénsame y olvida mis palabras.

Las dos hermanas se abrazaron, y habiéndose sentado una junto á otra, Fanny reanudó la conversación.

—Creo firmemente—dijo,—que tú habrías juzgado esta cuestión de un modo muy distinto si hubieses conocido algo más la sociedad.

—Es muy posible, Fanny—contestó la niña Dórrit.

—Debes reflexionar, Amy—prosiguió Fanny, adoptando poco á poco su tono protector,—que mientras tú has sido casera, resignándote con tu suerte, yo he vivido en el mundo, llegando á ser orgullosa y altiva... tal vez más de lo que debiera.

—¡Oh! sí, sí.

—Y mientras tú pensabas sólo—añadió Fanny,—en las necesidades materiales de la casa, yo procuraba mantener el honor de la familia. Pienso que este era mi deber. ¿No te parece así, Amy?

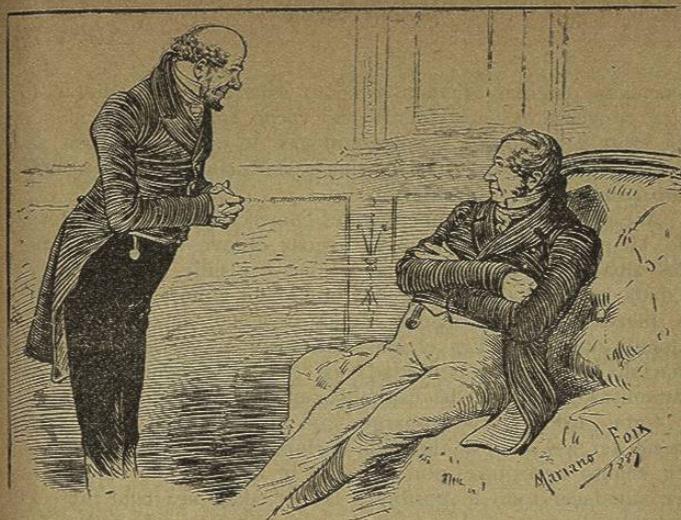
La niña Dórrit hizo una señal afirmativa, procurando sonreír, aunque tenía contristado el corazón.

—Era tanto más necesario—continuó su hermana,—cuanto que en la prisión á que te has conservado tan fiel hay una atmósfera especial que la distingue de la sociedad. Así pues, abrázame una vez más, querida Amy, y convengamos en que ambas podemos tener razón, lo cual no impide que seas una buena hija y una excelente mujer de tu casa.

Durante este diálogo, el clarinete había continuado lamentándose de una manera sumamente patética, pero Fanny interrumpiendo bruscamente á su tío, advirtió que era hora de marchar, cerró el viejo cuaderno de música y retiró el clarinete de los labios del anciano.

La niña Dórrit se despidió á la puerta y apresuróse á volver á la Mariscalía. Al entrar, parecióle que bajaba á un profundo foso; la sombra del muro contristaba, más aun que el anciano decano, con su bata gris y calzón de terciopelo negro.

«¿Por qué no me entristece la habitación de mi padre, pensó la niña Dórrit al penetrar en ella, tanto como á los demás? Al fin y al cabo, tal vez Fanny tenga razón.»



## CAPITULO XXI

### La enfermedad del señor Merdle

El señor Merdle era un hombre inmensamente rico, que gozaba de cierta reputación por su asombrosa audacia en las empresas comerciales; era un Midas, sin las orejas, que transformaba en oro todo cuanto tocaba. En todas las buenas especulaciones, bien se tratase de una operación de banca ó de la construcción de un edificio, siempre figuraba en primer término el señor Merdle. Inútil parece decir que este personaje ocupaba un lugar en el Parlamento; que tenía sus oficinas en la Cité y que era presidente de esta Compañía, administrador de aquélla, ó director de la otra. Cuando los hombres más influyentes presentaban algún proyecto financiero, lo primero que se les preguntaba era: «¿Qué nombres nos dan por garantía? ¿Tienen ustedes un Merdle?» Y si la contestación era negativa, replicábase al punto: «Entonces no hay negocio. ¡Hasta otro día!»

Hacia ya unos quince años que este feliz y grande hombre había proporcionado un nido de púrpura y oro á la majestuosa dama que necesitaba tanto sitio para hacer gala de su insensibilidad; no era una mujer en quien su esposo pudiera buscar las dulzuras del amor ó del cariño, pero sí la más pro-